

En busca del lugar no conquistado

El ser humano conduce su breve paso por este mundo buscando al menos un espacio, un objeto, una cualidad o una marca que pueda reconocer suya. Un algo que pertenezca indiscutiblemente a la esfera de su individualidad y que, en efecto, encuentre un eco que represente y con el cual, probablemente, sea vertida una forma de identidad, particular y universalmente valiosa en la realidad que lo envuelve.

Por ahora, esas nociones (o demandas) se encuentran aparentemente estancadas por complejas circunstancias. A pesar de que el pragmatismo se niega a aceptar las señales de ese acorralamiento y que, en beneficio de la búsqueda de la felicidad, supuestamente, tenemos la ventaja de consumismo, existen algunos contemporáneos que codifican poéticamente estas situaciones.

Quizá inevitablemente –las condiciones históricas del presente determinan una preocupación incluso al intentar aseveraciones elementales- las realidades actuales imponen condiciones que sugieren la –presuntamente- ineludible reducción de oportunidades, la aparente carencia de aventuras y abnegación de la idea –punzante- que no descarta la inexistencia de un lugar no conquistado en el pequeño planeta que compartimos.

Con el prolongado bloqueo del modelo vanguardista, ese espíritu de exploración y conquista que caracterizó a la Modernidad, también quedó –aparentemente- disuelta la fuerza del idealismo utópico. Tampoco encontramos iconoclastas en el horizonte. Estos asuntos comunican más preguntas que claras categorías granjeables. Recordemos que el arte visual no solo ha representado la realidad evidente y que en sus más afortunados momentos arrancaba dudas, irritaba viejas costumbres, cargaba el ignoto peso de la cláusula visionaria y –en resumidas felices cuentas. Abría muchas puertas.

En el presente, cada día son menos artistas que se manifiestan exentos de la gran ambición que supone descubrir lo nuevo. De hecho, eso *nuevo* parece quedar confinado básicamente a la oportuna explotación de instrumentos que ofrece apresuradamente la tecnología y –paradójicamente- quienes toman este rumbo de medios punta saben que casi inmediatamente después de concluir una obra, está ya va superándose formalmente por la aparición de otro flamante *gadget*.

Otros fenómenos significativos en el arte visual, en el umbral de este milenio, son la interdisciplinariedad, la intervención extrema del espacio arquitectónico, la inspección del contexto social o el avance infranqueable de la cultura del sujeto-objeto virtual; fenómenos que procuran rehabilitar el discurso, pero que no impiden especies de cerco (aunque los sexo-conferenciantes cibernéticos afirmen lo contrario).

Sin embargo, es un hecho indiscutible que la estipulación de inmaterialidad frecuente el gusto y el ánimo de por lo menos dos generaciones de artistas valiosos; de esos mismos individuos que creen que la parte más importante de su experiencia como artistas se concentra en el proceso creativo y realmente muy poco en los objetos terminados y listos para ser consumidos. Lo que estos artistas ofrecen al mundo (donde ya no caben más obras de arte) son los registros de sus hallazgos de documentación de pasos valientes.

Si el progreso del artista de los arranques del periodo posmoderno –hace doce, diez años- dependió del desenvolvimiento de una ubicuidad representada extensamente por su personalidad (que en muchos casos llegó a venderse infinitamente mejor que la obra misma), el artista –triunfador- en la frontera del milenio parece sustentarse en capacidades para integrar completamente su expresión a una conversación internacional que gira alrededor de la ineffectualidad que parece que todos compartimos. Viajar o anexarse a condiciones trashumantes (al menos por la red electrónica) sin destino preciso, significa hoy día la posibilidad y la razón de ser.

El aburrimiento que impone la cotidianidad se desvanece con el transitar de y en el hacer contacto con la orbitas de individuos que viven conciencias similares... simpatizar... tal vez tan solo acordar...

Aparentemente todos los rincones del planeta son propiedad de alguien y no queda de otra que ir como visitante. El arte contemporáneo comunica que en todos lados hay límites infranqueables para una realización inédita, virgen y estable. Sin embargo superada la sinfonía agridulce que a algunos nos toca vivir, están las retribuciones que otorga la variación efímera de cuadros obsoletos, el sampleo, desde luego la simpatía y la reunión, que aunque no sea justamente la revolución, ahí puede tocarse una redención de nuestras integridades, no del todo corruptas y sumisamente románticas.

Desde 1992, cuando me instale temporalmente en Guadalajara para organizar una serie de conferencias, he conservado mi atención en las inquietudes de los jóvenes artistas de esa ciudad. Esas inquietudes estéticas se han concentrado, en buena medida y reiteradamente, en una exploración del recurso escultórico, en modelos de integración/intervención de contextos espaciales (con énfasis en el dialogo arquitectónico, como consecuencia del recurrente nexa con una educación formalizada en las escuelas de arquitectura, eludiendo los cuestionables programas académicos de aquellas instituciones donde se licencia el ser artista plástico), en una experimentación puntual de la dimensión de la expresión visual en situaciones públicas y particulares –muy importante: la razón por la que precisamente fueron convocados para realizar el presente ensayo colectivo- su preferencia por la experiencia *in situ*, efímera y abandonada a las sensaciones ahí, en directo.

Por diferentes móviles –materializados como respuestas que corresponden a deseos que resultan particulares a individuos pertenecientes a generaciones menores a los años-

las inquietudes antes mencionadas se han asociado con un modelo peculiar de representación, interpretación y asimilación de las realidades que nos rodean: aquí-ahora.

Lamentablemente no perduró, pero me siento bien por haber sido testigo y participante. La Guadalajara de los jóvenes que yo encontré en 1992 proyectaba a todo el país una energía fenomenal y un caudal esplendido de genialidades. Asistíamos a estrenos de películas que hacía apenas unas cuantas semanas se habían presentado en premieres de prestigiosos festivales internacionales. Recibíamos antes que ningún otro lugar en el continente los primeros ejemplares de ediciones inusitadas. Nos inventábamos la primera feria mundial del arte fuera del centralismo europeo-estadunidense; un loco foro para la confrontación de posiciones en el universo de la creación visual y, sobre todo, muchas maneras de *fiestar*.

Así, mientras un flamante diario publicaba en incuestionable talento literario, que más adelante capitalizarían editoriales chilangas y al mismo tiempo que una fresca escuela estimulaba el veloz emplazamiento de filmadores, que poquito después representarían al cine nacional, armamos un taller de teoría/ experimentación y fuimos participantes puntuales de reventones prodigiosos. Estos *raves* (o rituales multitudinarios ocasionados en sedes inauditas) revidados a través del filtro del tiempo, no solo serían las citas de confirmación de una libertad que provocaba explosión de virtudes sino la mismísima iluminación a un modelo de significantes que hoy comparten los mejores artistas de Guadalajara, como muchos otros –no solo artistas- por todo el orbe.

Tal vez los *raves* no sean territorios inconquistados, pero la cultura que les distingue aparece como un plataforma singular donde las metáforas y la fantasía hallan islas para depositar su carga por medio de sensaciones exaltadas, emociones abstractas y energías artificiales. Al margen de sus desviaciones en su evidente naturaleza (un posicionamiento político pasivo, quizá retrogrado), por la calidad aparentemente inaprehensible de la música que la constituye o por el ánimo artificial que le invierten sus agente de lucimiento (el *ecstasy*), es indudable que estos encuentros son provocadores de pensamiento infinito.

En su espléndido análisis sobre el desarrollo de la música *tecno* (principalmente ausente de letras y casi nunca explícitamente política... usando el sonido y el ritmo en la construcción de paisajes síquicos de exilio y utopías...) y sus probables conexiones con las actualidades de los jóvenes en el cierre del siglo (*Generation Ecstasy*, Little Brown and Co., Boston, 1998), el escritor inglés Simon Reynolds expresa en el prólogo de su libro algunos *sentimientos cruzados* que le revela la cultura *rave*: para muchos, la idea de una cultura *rave* es una contradicción desde su terminología. Uno puede definir cultura como algo que te dice de dónde vienes y a dónde vas, algo que nutre el espíritu y generalmente hace la existencia vivible. La *rave* provoca esta pregunta: ¿es posible basar a la cultura en torno a sensaciones en lugar de verdades?, ¿fascinación en cambio de significado?... Por causa de ardor de creyente, una madeja de duda corre a través de este libro. Como adulto con convicciones izquierdo-liberales, a veces me pregunto si el uso recreativo de la droga resulta

una base adecuada para una cultura o siquiera una contracultura. ¿Es la *rave* simplemente la disipación de energías utópicas en el vacío, o será que el idealismo que cataliza se vierte y transforma la vida ordinaria? ¿Pueden los sentimientos oceánicos del “solo conéctate”, experimentados en la pista de baile, integrarse a las luchas cotidianas por ser mejor en el ser humano?...)

Vale la pena reconocer también que es ahora cuando más se apura el ser humano por seleccionar los arquetipos espirituales más profundos e imperecederos. Con todo, es hoy, más que nunca antes en el siglo veinte, que la buena naturaleza de nuestra especie promete expandirse. Es quizá ahora que adquieren sentido, más que hace veintiocho años, cuando el poema escribió, estas consideraciones de Marcel Broodthaers:

Arrojamos una piedra al agua,
aparecen círculos, los coagulamos,
de eso extraemos una teoría,
trabajamos voluntariamente en
una oscuridad.

GUILLERMO SANTAMARINA

(en México, 1999)